

GEORGES SIMENON

EL PERRO CANELO

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE CARIDAD MARTÍNEZ

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Le chien jaune*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© LE CHIEN JAUNE © 1931 by Georges Simenon Limited,
todos los derechos reservados
«El perro canelo» © 2012 by Georges Simenon Limited,
todos los derechos reservados

GEORGES SIMENON ® F. Simenon.tm, todos los derechos reservados
MAIGRET ® Georges Simenon Limited, todos los derechos reservados
© de la traducción, 2012 by Caridad Martínez González
© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca - Arxiu
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fotografía de F. Català-Roca (1966)

ISBN: 978-84-15689-09-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 27 899-2012

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

EL PERRO SIN AMO

Viernes 7 de noviembre. Concarneau está desierto. El reloj luminoso de la ciudad vieja, que se divisa por encima de las murallas, marca las once menos cinco.

Hay pleamar y las barcas chocan unas con otras en el puerto debido a una tormenta del sudoeste. El viento se cuele por las calles, y a veces pasan trozos de papel volando a gran velocidad a ras de tierra.

En el muelle de l'Aiguillon, no se ve ni una luz. Todo está cerrado. Todo el mundo duerme. Sólo las tres ventanas del Hôtel de l'Amiral, en la esquina de la plaza que da al muelle, están aún iluminadas.

No tienen postigos, pero por los verduzcos ventanales se adivinan con dificultad unas siluetas. Y el aduanero de guardia, aterido y acurrucado en su garita, envidia a esos remolones que, a menos de cien metros, no se deciden a salir del bar.

Frente a él, en la dársena, un barco de cabotaje que por la tarde ha venido a refugiarse. Nadie en el puente. Las poleas chirrían y un foque mal cargado restalla al viento. Se oye también el estrépito continuo de la resaca, y un clic del gran reloj, que va a dar las once.

La puerta del Hôtel de l'Amiral se abre. Aparece un hombre, que sigue hablando unos instantes por la abertura de la puerta con los que quedan dentro. La tormenta lo aspira, haciendo revolear los faldones del abrigo, y alzándole el bombín, que él rescata a tiempo y mantiene sujeto en la cabeza al caminar.

Aun de lejos, se le nota que va un poquito alegre, le cues-

ta mantenerse en pie y va canturreando. El aduanero le sigue con la vista, y sonríe cuando el hombre se empeña en encender un puro. Porque entonces empieza una cómica lucha entre el borracho, el abrigo que el viento trata de arrancarle y el sombrero que escapa rasando la acera. Diez cerillas malgastadas.

Y el hombre del bombín advierte un portal de dos escalones, se resguarda en él, se inclina. Un fogonazo trepidante, muy breve. El fumador se tambalea, y se aferra al pomo de la puerta.

¿No ha oído el aduanero un ruido ajeno a la tormenta? No está seguro. Al principio se ríe cuando ve al noctámbulo perder el equilibrio, y retroceder unos pasos, arqueado hasta tal punto que la postura resulta inverosímil.

Cae de bruces al suelo, junto al bordillo, con la cabeza en el barro del arroyo. El aduanero se golpea los costados con las manos para calentárselas, y observa malhumorado el foque cuyos restallidos le irritan.

Pasa un minuto, dos minutos. Otro vistazo al borracho, que no se ha movido. En cambio, un perro, que nadie sabe de dónde ha salido, está olfateándolo.

—¡Sólo en ese momento tuve la sensación de que había pasado algo!—dirá luego, en el curso de la investigación.

Las idas y venidas que sucedieron a esta escena son más difíciles de establecer en un riguroso orden cronológico. El aduanero se adelanta hacia el hombre tumbado, en realidad la presencia del perro le tranquiliza, un canelo grande y arisco. Hay un farol a ocho metros. Al principio el agente no ve nada anormal. Luego advierte en el abrigo del borracho un agujero del que mana un líquido viscoso.

Enconces echa a correr hacia el Hôtel de l'Amiral. El bar

está casi vacío. Acodada en la caja, una camarera. Junto a una mesa de mármol, dos hombres apurando el cigarro, recostados en el respaldo y con las piernas estiradas.

—¡Deprisa! Se ha cometido un crimen... No sé si...

El aduanero da media vuelta. El perro canelo ha entrado pisándole los talones y se ha tumbado a los pies de la camarera.

Se produce una vacilación, un terror impreciso en el aire.

—Su amigo, que acaba de salir...

Instantes más tarde, ya son tres los que se inclinan sobre el cuerpo, que sigue en el mismo sitio. El ayuntamiento, donde se encuentra el puesto de policía, está a dos pasos de allí. El aduanero opta por la actividad. Se precipita a él, jadeante, y luego se cuelga del timbre de un médico.

Y repite, incapaz de deshacerse de esa visión:

—Se tambaleó hacia atrás como un borracho y dio por lo menos tres pasos así...

Cinco hombres..., seis, siete... Y ventanas que se abren por todas partes, susurros...

El médico, arrodillado en el barro, declara:

—Una bala disparada a bocajarro en pleno vientre... Hay que operar urgentemente. Llamen al hospital.

Todo el mundo ha reconocido al herido, monsieur Mostaguen, dueño del negocio de vinos más importante de Concarneau, un buenazo que sólo tiene amigos.

Los dos policías de uniforme—hay uno que no ha encontrado el quepis—no saben por dónde empezar la indagación.

Alguien está hablando, monsieur Le Pommeret, y por el aspecto y la voz enseguida se le nota que es uno de los notables de la ciudad.

—Hemos jugado una partida de cartas juntos, en el café de l'Amiral, con Servières y el doctor Michoux... El doctor

se fue primero, hará una media hora... Mostaguen, que le tiene miedo a su mujer, se fue al dar las once...

Incidente tragicómico. Todo el mundo escucha al señor Pommeret. Del herido nadie se acuerda ya. Y en este momento abre los ojos, trata de levantarse, y murmura con una vocecita de asombro, tan suave, tan débil, que la camarera suelta una risa nerviosa:

—¿Qué ha pasado?

Pero un espasmo le sacude. Sus labios se agitan. Los músculos del rostro se contraen en tanto que el médico prepara la jeringa para ponerle una inyección.

El perro canelo circula por entre las piernas de todos. Alguien muestra su asombro.

—¿Conocen a este bicho...?

—Yo no lo he visto nunca...

—Será de algún barco...

En una atmósfera tan dramática, aquel perro tiene algo inquietante. ¿Quizá por el color, de un rubio sucio? Es de patas largas, muy flaco, y la cabeza, grande, recuerda al mastín y a la vez al dogo alemán.

A cinco metros del grupo, los policías están interrogando al aduanero, que es el único testigo del acontecimiento.

Miran el portal de los dos escalones. Es el portal de una casa grande de noble apariencia con todos los postigos cerrados. A la derecha de la puerta, un acta notarial anuncia la puesta del inmueble en venta pública el 18 de noviembre: «Precio de salida: 80 000 francos...».

Un guardia hurga en la cerradura un buen rato sin conseguir forzarla, y será el dueño del garaje contiguo quien por fin la haga saltar con un destornillador.

Llega la ambulancia. Levantan a monsieur Mostaguen en una camilla. A los curiosos no les queda ya más recurso que contemplar la casa vacía.

Está deshabitada desde hace un año. En el vestíbulo reina un olor rancio a pólvora y tabaco. La luz de una linterna permite ver, en las baldosas, ceniza de cigarrillos y rastros de barro, señal de que alguien ha permanecido un buen rato al acecho tras la puerta.

Un hombre, que sólo lleva un abrigo por los hombros encima del pijama, le dice a su mujer:

—¡Vente! Ya no hay más que ver... Mañana nos enteraremos del resto por el periódico... Mira, ahí está monsieur Servières...

Monsieur Servières es un personajillo regordete, con chaqueta color piedra, que estaba con monsieur Le Pommeret en el Hôtel de l'Amiral. Es redactor de *Le Phare de Brest*, donde entre otras cosas publica todos los domingos una crónica humorística.

Va tomando notas, y dando explicaciones, por no decir órdenes, a los dos policías.

Las puertas que dan al pasillo están cerradas con llave. La del fondo, que da a un jardín, está abierta. El jardín está rodeado de un muro que no llega a metro y medio de alto. Al otro lado del muro, un callejón que desemboca en el muelle de l'Aiguillon.

—¡El asesino se ha ido por ahí!—proclama Jean Servières.

Hasta el día siguiente no pudo Maigret hacerse más o menos el resumen de los acontecimientos. Hacía un mes que le habían incorporado a la Brigada Móvil de Rennes, en la que había que reorganizar algunos servicios. Había recibido una llamada telefónica del alcalde de Concarneau, alarmado.

Y llegó a esta ciudad acompañado de Leroy, un inspector con quien no había trabajado hasta entonces.

La tormenta seguía. Algunos ventarrones hacían descargar violentamente a las pesadas nubes una lluvia helada. Ningún barco salía del puerto, y al parecer un vapor en alta mar tenía problemas a la altura del archipiélago de Glénan.

Maigret, naturalmente, se instaló en el Hôtel de l'Amiral, que era el mejor de la ciudad. Eran las cinco de la tarde y acababa de caer la noche cuando entró en el bar, una sala larga bastante desangelada, con serrín esparcido por el suelo gris, con mesas de mármol, y cuyos ventanales de vidrios verdes lo hacían parecer más triste aún.

Varias mesas estaban ocupadas. Pero al primer vistazo se sabía cuál era la de los habituales, los clientes serios, a cuya conversación permanecían atentos los demás.

Y claro, alguien se levantó de aquella mesa, un hombre de cara redonda y sonrosada, ojos redondos y boca sonriente.

—¡Comisario Maigret...! Mi buen amigo el alcalde me anunció su llegada... Con las veces que he oído hablar de usted... Permítame presentarme... Jean Servières... ¡Mmm...! Es usted de París, ¿verdad? ¡Yo también! Fui mucho tiempo director de *La Vache Rousse*, en Montmartre... Colaboré en *Le Petit Parisien*, en el *Excelsior*, en *La Dépêche*... Y un jefe suyo y yo fuimos íntimos, qué simpático era, Bernard, que se jubiló el año pasado y se retiró a vivir tranquilo en la Nièvre... ¡Y yo he hecho lo mismo! Puede decirse que me he retirado de la vida pública... Colaboro, para entretenerme, en *Le Phare de Brest*...

Brincaba, gesticulaba.

—Venga pues, que le presente a los amigos... Los últimos alegres camaradas que aún quedan en Concarneau... Aquí Le Pommeret, mujeriego impenitente, de profesión rentista, y vicecónsul de Dinamarca...

El hombre que se levantó y tendió la mano iba vestido de hidalgo campesino: pantalón de montar, a cuadros, po-

lainas ceñidas, sin una mota de barro, y corbata de plastrón de piqué blanco. Tenía un buen bigote entrecano, el pelo bien atusado, una tez clara y las mejillas veteadas de cuperosis.

—Encantado, comisario...

Y Jean Servières siguió:

—El doctor Michoux. El hijo del ex diputado... La verdad es que de médico sólo tiene el título, porque nunca ha ejercido... Ya verá como acaba vendiéndole unos terrenos... Es propietario de la urbanización más bonita de Concarneau y quizá de toda Bretaña...

Una mano fría. Una cara afilada como un cuchillo, con la nariz de través. Pelirrojo y ya de pelo ralo, aunque el doctor no tendría más de treinta y cinco años.

—¿Qué quiere tomar?

Mientras tanto, el inspector Leroy había ido a informarse al ayuntamiento y a la gendarmería.

Había en la atmósfera del bar algo gris, mortecino, pero era imposible precisar el qué. Por una puerta abierta, se veía el comedor, y unas camareras con el traje típico bretón estaban poniendo la mesa para la cena.

La mirada de Maigret tropezó con un perro canelo, echado a los pies de la caja. Alzó los ojos y vio una falda negra, un delantal blanco, un rostro sin gracia pero tan interesante que mientras duró la conversación no dejó de observarlo.

Y además, cada vez que volvía la cabeza, era ella quien clavaba en él su mirada febril.

—Si ese infeliz de Mostaguen, que es el mejor tipo del mundo de no ser por el pánico que le tiene a su mujer, no hubiese estado a punto de perder el pellejo, juraría que es una broma de mal gusto.